

CLÁSICOS MODERNOS DE HISTORIA SOCIAL

JOSÉ ANTONIO PIQUERAS (comp.)



COMARES HISTORIA

JOSÉ ANTONIO PIQUERAS

(comp.)

CLÁSICOS MODERNOS DE HISTORIA SOCIAL

GRANADA, 2023

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libriaricomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

© Los autores

© Editorial Comares, 2023

Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libriaricomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-559-4 • Depósito legal: Gr. 634/2023

Impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

PRESENTACIÓN	IX
<i>José Antonio Piqueras</i>	

LOS CLÁSICOS

DE LA HISTORIA SOCIAL A LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD.	3
<i>Eric J. Hobsbawm</i>	
FOLKLORE, ANTROPOLOGÍA E HISTORIA SOCIAL	27
<i>Edward P. Thompson</i>	
EL NOMBRE Y EL CÓMO: INTERCAMBIO DESIGUAL Y MERCADO HISTORIOGRÁFICO	53
<i>Carlo Ginzburg y Carlo Poni</i>	
«SOIS DEMASIADO SENTIMENTALES»: PROBLEMAS Y SUGERENCIAS PARA UNA NUEVA HISTORIA DEL TRABAJO	65
<i>Lawrence T. McDonnell</i>	
FORMAS COTIDIANAS DE REBELIÓN CAMPESINA	101
<i>Jim Scott</i>	
SOBRE EL LENGUAJE, EL GÉNERO Y LA HISTORIA DE LA CLASE OBRERA.	135
<i>Joan W. Scott</i>	
LA HISTORIA DE LAS MUJERES Y LA HISTORIA DEL GÉNERO: ASPECTOS DE UN DEBATE INTERNACIONAL	151
<i>Gisela Bock</i>	
HISTORIA ORAL, HISTORIA SOCIAL.	179
<i>Ronald Fraser</i>	
LAS FORMAS DE LA HISTORIA SOCIAL	189
<i>Natalie Zemon Davis</i>	
EL MUNDO COMO REPRESENTACIÓN	197
<i>Roger Chartier</i>	

LA NUEVA HISTORIA SOCIOCULTURAL	213
<i>Peter Burke</i>	
¿EL FINAL DE LA HISTORIA SOCIAL?	225
<i>Patrick Joyce</i>	

DOS CONSIDERACIONES DESDE EL SIGLO XXI

HISTORIA SOCIAL, UN CONCEPTO RELACIONAL	253
<i>Jürgen Kocka</i>	
ACUMULACIÓN Y FRAGMENTACIÓN	259
<i>Marcel van der Linden</i>	

PRESENTACIÓN

Trazas y giros de la historia social

José Antonio Piqueras

Cada tiempo tiene sus lecturas. Las hay que dan cuenta del momento a través de vívidas recreaciones literarias, las hallamos en los esforzados empeños de desentrañar el presente y hasta el pasado sirviéndose del ensayo, o de esas raras crónicas que ofrecen profundidad de mirada bajo la apariencia de un comentario de actualidad. Hay letras y hay lecturas efímeras, brillan mientras se convierten en pavesas; otras son saludadas como insignias de supuestos paradigmas de temporada, condenadas a acabar en el olvido en la siguiente. Están luego las páginas clásicas. Los textos clásicos no se ganan el adjetivo porque sean intemporales sino porque en épocas sucesivas conservan el vigor de sus primeros días. Las páginas clásicas no se sustraen de la época de su elaboración, en ese punto son su testigo pero no se ciñen a dar cuenta de un estadio paralizado en el tiempo, como sucede en los estratos que el arqueólogo levanta capa a capa, de una fase en el conocimiento que ha dejado de estar activa, de los temas preferidos de estudio o de las reglas y el método de análisis seguidos. Las páginas clásicas permiten ser releídas conforme a las nuevas exigencias que demandan los modernos desafíos. Nos muestran de dónde venimos y, a la vez, son un reto, una invitación a repensar a la luz del presente las ideas que encierran.

En otro terreno están los lectores que abrazan y se rinden a la última novedad. En un sistema competitivo, en el otro extremo de la categoría de quienes confían su progresión académica a un patrón de quien replican temas e ideas se sitúan los recolectores de novedades, los cazadores que hacen de la traducción a casos locales una especialidad en la que por un tiempo pueden parecer pioneros y hasta maestros. Pierre Vilar llamaba a no confundir en historia, como sucedía en la oferta de artículos de consumo para el hogar, la novedad con la innovación. El marketing y la caducidad próxima distinguen a una de la otra. Entre replicantes y depredadores existe una extensa zona de cultivo de la originalidad y de lo que podemos denominar «apropiación rectificadora», de reelaboración creativa —y debatida— de propuestas lanzadas en otro punto del arco de la circulación del conocimiento.

Después de un largo periodo de aislamiento e incorporación dosificada de las corrientes historiográficas que se abrían paso y se sucedían en el panorama internacional más dinámico, valga para España como para otros países sometidos en la segunda mitad del siglo xx a la doble férula de dictaduras y de un tradicionalismo universitario, las aperturas de la década de 1970 y la avidez —en esa y en las décadas posteriores— por ejecutar una ruptura con la historiografía convencional y, a continuación, con las versiones estructurales de la sociedad, dejaron paso a una proliferación de novedades y a unas cuantas innovaciones de calado. También el panorama internacional de la historiografía estaba cambiando.

Los artículos aquí reunidos poseen la cualidad de ocuparse de la *forma de hacer* historia, de la historia social en particular. Reflexionan sobre la historiografía en el momento en que fueron producidos, atienden los problemas, los objetos de estudio, la orientación que adoptaba, las relaciones con otras disciplinas o técnicas y el provecho de su incorporación, el marco de análisis escogido y los resultados que se podían esperar, de maneras poco o nada contempladas hasta entonces de acercarse a las actitudes de los individuos y a la relación de grupo. Son trabajos de historiografía pero también revelan cómo cada uno de los autores se enfrenta al pasado, lo analiza en relación con las exigencias del presente y lo presenta al lector.

Los textos clásicos en historia poseen la cualidad de informar de la evolución de una disciplina viva y de los retos a los que se ha ido enfrentando. La historia social ha sido durante un siglo una de las puntas de lanza, la más avanzada, de lo que fue la renovación historiográfica en sucesivas etapas relacionadas entre sí. Puso en discusión el conocimiento del pasado a través de los acontecimientos políticos cuyo protagonismo recaía en personalidades —masculinas en su práctica totalidad— y dejaba de lado el acontecer de la gran mayoría de la población en sus múltiples facetas. Originariamente, esta perspectiva nacida a finales de los años veinte y en los años treinta, concibió la historia como una ciencia social centrada en los agrupamientos humanos de sociedades que eran concebidas como estructuras a partir de las relaciones de producción. Pero la práctica de la historia social encerraba también múltiples significados. De la misma manera que enlazaba con la fórmula «económica y social», existía una segunda tradición que al ocuparse de la civilización material aunaba lo social y lo cultural.

La obra aquí reunida llama la atención sobre textos publicados en las tres últimas décadas del siglo xx. En varios de ellos sus autores reflexionan sobre un caudal que procede de antes, al menos de los años cincuenta y de lo que entonces se consideró un proceso de renovación profunda de la historia. En ese sentido, el texto de Eric Hobsbawm, explícito al hacer recuento de lo que había dado de sí la llamada «historia social», y el de otros autores revisan la perspectiva de estudios que se preguntaba por los temas, los sujetos y el modo de abordar las cuestiones que interesan, o proponen una nueva agenda de investigación. Las tres décadas de las que dan cuenta los artículos que presentamos fueron muy fértiles en revisiones y autocríticas.

* * *

El siglo xx se había inaugurado con la voluntad de algunos historiadores, sociólogos y economistas por crear una «ciencia nueva» que explicara el pasado de la sociedad y ofreciera claves fundamentadas para la comprensión de los procesos que conducían al presente. El giro había comenzado con la historia económica y social de la Escuela alemana de fin de siglo y su influencia directa en la historiografía de los Estados Unidos y varios países europeos. Simultáneamente se hizo presente la primera historia que se reclamaba de «las civilizaciones» y un tipo de historia popular, de la gente corriente. El marxismo combinó el análisis político con la indagación en los fundamentos históricos como tributo a su propio método. Después de 1919 la historia comenzaba a hacerse disciplina analítica, multiplicaba los factores a los que prestaba atención, indagaba en la causalidad posible entre elementos y resultados, construía problemas como objeto de estudio, los fenómenos que se examinaban reclamaban en ocasiones saltos temporales para atrapar lo que era relevante, las barreras entre las disciplinas parecían hechas para ignorarlas, la historia reclamaba un estatuto científico entre las consideradas ciencias sociales. Hubo precursores, desde luego, y pioneros —con agendas ideológicas y políticas aunque alguno conservase el prurito de la incontaminación como fundamento de un buen hacer—, hubo reputados *maîtres à penser* y, con ellos, una extensa constelación de esforzados seguidores de las nuevas tendencias y otra no menor de fieles observantes de la vieja norma rankeana, vulgarmente llamada «historia positivista».

La segunda transformación en la historiografía del siglo xx llegó a partir de 1945, ofreciendo sus mejores frutos en las tres décadas siguientes en torno a la evolución del «marxismo occidental» y a una fórmula que se había beneficiado de la «revolución de Annales» y se potenció con el «momento Braudel», cuyo epígono tardío, de 1979, *Civilización material, economía y capitalismo*, llegó a contracorriente de las tendencias que comenzaban a abrirse paso. Era una historia que se hacía más diversa en la elección de los temas y de los actores sociales que consideraba insertos en redes y estructuras, que a la vez contribuían a crearlas y eran frutos de estas. Una historia más sofisticada en sus métodos y mucho más cercana al mundo actual, a las sociedades capitalistas industrializadas o en proceso de industrialización, integradas en grado diverso de lo que luego ha dado en llamarse economía-mundo o capitalismo *globalizante*, antes de que este alcanzara un nivel verdaderamente global. Era, también, una historia que iluminaba una manera de acercarse al presente que estaba sometido a grandes tensiones, a cambios y a resistencias. Muchos de los autores no lo advertían todavía, pero también el sujeto de frecuentes estudios sociales, la clase trabajadora, que había ocupado uno de los lugares centrales en la sociedad del siglo y medio anterior, emprendía en la década de 1970 su declive tal y como lo habíamos conocido, de la misma forma que el campesinado había retrocedido en Europa y los Estados Unidos hasta niveles casi simbólicos y retrocedía en grandes áreas de América Latina para perplejidad de

estudiosos y de quienes proyectaban en éste el sujeto político de las transformaciones que deseaban ver cumplidas. Los cambios no pasaron desapercibidos para la nueva historia del trabajo, para la crítica a sus insuficiencias —como muestra el artículo de Lawrence T. McDonnell aquí incluido—, ni para el estudio de las formas de lucha que se disfrazaban de resistencia para evitar los costes de la protesta —véase el texto firmado por Jim Scott—, aunque no faltaba quien desacoplaba la resistencia de la acción colectiva y la reducía a estrategias personales más próximas a la picaresca por defenderse en un entorno hostil que a nada parecido a una confrontación de grupo o de clase.

Nuevos actores invadían gozosamente la escena. Algunos, antes reducidos a papeles de figurantes, se convertían en protagonistas en la reescritura del gran libreto del pasado. No había historia menuda ni gente que no tuviera historia. El más clamoroso de los olvidos, que hoy nos parece inverosímil, había sido la mujer, y la historia social —en particular, la posclásica— incorporó de lleno su estudio como uno de los temas más destacados. De esta forma de observar y analizar la materia histórica se ocupan los textos reunidos en la presente selección. Plebe, campesinos, trabajadores, mujeres, actores configurando imaginarios, también produciendo significados a través de libros y de otros artefactos culturales, sombras de estructuras, asoman en sus páginas entre consideraciones sobre la función del historiador y la apertura de la historia social a nuevas consideraciones.

El ingente esfuerzo de edificar una ciencia histórica sociológica halló en la fase a la que se dedican los textos un momento de inflexión. De un lado, se percibía un movimiento horizontal por expandir los temas, adoptar nuevas lentes de observación y revisar el elenco de actores estudiados; de otro, había un brusco movimiento vertical que cuestionaba los cimientos de la estructura de conocimiento y, con ello, el proyecto centenario de una historia como ciencia social por antonomasia porque se servía de las demás y proporcionaba a estas el hilo conductor de la historicidad. El mundo de certezas «científicas», concebidas antes como una tendencia progresiva que como hitos definitivos sobre la verdad, comenzó a ser erosionado por la corriente epistemológica nacida en torno a la posmodernidad. El modelo de construcción cultural de Occidente —una noción no geográfica, un espacio en expansión a medida que se globalizaba la economía capitalista y los conocimientos y valores de sus portadores originarios, tomados como universales y ejemplo de «ciencia normal»— desde la Ilustración a nuestros días era sacudido en sus cimientos. No sucedía en ninguna de las ciencias experimentales, en la ciencia básica en sentido estricto ni en el terreno de la tecnología aplicada. El seísmo tenía su epicentro en las humanidades, en el pensamiento y el lenguaje, o la filosofía del lenguaje, para ser precisos. Su onda expansiva iba alcanzando a las ciencias sociales más sensibles a ese cambio de perspectiva: la historia, la sociología, la antropología social y cultural... La economía, matematizada y reedificada como herramienta práctica del sistema, permaneció apegada a realidades

cuya consistencia no admitía ser puesta en entredicho. El derecho no se podía permitir esas veleidades, excepto en las menos técnico-jurídicas de sus ramas, la filosofía y la historia del derecho. A comienzos de la década de 1970 pareció revivirse sobre nuevos postulados el viejo debate que a comienzos de siglo xx tuvo en Wilhelm Dilthey a su principal exponente en torno a la capacidad de conocimiento en disciplinas que no admitían la experimentación, como sucedía con las ciencias humanas.

El *giro lingüístico*, la construcción de la realidad social por el lenguaje y el significado otorgado de acuerdo con el contexto y la subjetividad de los actores, se abrió paso a la vez que el *giro cultural*, la reivindicación de la centralidad no ya de los fenómenos culturales sino de la perspectiva cultural de conocimiento histórico frente a la perspectiva que había privilegiado las realidades materiales y había deducido consecuencias en el orden de la configuración de los grupos y de las actitudes sociales. La posición de la nueva historia sociocultural, historia cultural de lo social o historia esencialmente cultural fue ambivalente ante el giro lingüístico. Para algunos historiadores, la construcción por los sujetos de la realidad, de las acciones a las identidades sociales, del género a la raza, trasladaba el centro del estudio a la interacción entre cultura y el lenguaje social. Giro lingüístico y giro cultural compartieron con una determinada corriente de la historia social la consideración conferida a la subjetividad. En el primero de los supuestos, el protagonismo del sujeto se trasladaba al observador-recreador-creador, el propio autor de la historia. Pero el foco se trasladaba también a los actores individuales, puesto que los colectivos que habían sido concebidos como clases y capas sociales serían una suma de individuos, una agregación que conserva la singularidad de los elementos. El sentido dado a sus ideas y a sus acciones —los registrados en las fuentes, que únicamente poseían un valor referencial— construían relaciones significantes temporales y variables, siendo la del historiador una tarea comprensiva en un doble sentido: desentrañar el significado que los actores manejaron y trasladarlo a la explicación. El interaccionismo social, heredero del interaccionismo simbólico desarrollado por la psicología social desde la década de 1930, introdujo ciertas herramientas conceptuales en las que la cultura volvía a reclamar la centralidad. La noción de *agencia*, la facultad del individuo de escoger y decidir conforme a sus intereses, en una evaluación rauda y constatación de costes y beneficios, reclamaba un lugar privilegiado. Al igual que la economía neoclásica se servía de categorías intemporales, el interaccionismo sociológico recurre a respuestas universales a situaciones concretas.

El debate del universo posmoderno *vs.* la historia social desarrollada hasta la fecha de la irrupción del primero se hace presente en los textos de la actual selección hacia finales de los ochenta y encuentra en el que cierra la serie, de Patrick Joyce, una síntesis muy completa.

* * *

El presente libro reúne doce artículos publicados por la revista *Historia Social* entre 1988 y el año 2000. En su totalidad fueron escritos en el periodo de veinticinco

años, entre 1971 y 1995. Sus autores conforman una pléyade de historiadores e historiadoras cuyos nombres están asociados a la evolución de la disciplina histórica por sus agudas reflexiones y sus innovadores estudios. La selección se abre con un texto de Eric Hobsbawm, hoy considerado fundacional en los estudios historiográficos. En él se ocupa de las dos décadas precedentes, lo que constituye un punto de partida extraordinario para disponer de una visión que abarca medio siglo. La paradoja es que quien ha quedado como uno de los mayores historiadores sociales del siglo xx comienza por no ocultar su incomodidad ante una denominación y lo que pudiera convertirse en una especialidad, cuando el gran avance en nuestra disciplina había sido situar la centralidad de los estudios y de las explicaciones en la sociedad. Escéptico ante la eventualidad del nacimiento de otra subespecialidad, la historia social era una forma de observar la realidad y, en cuanto tal, levanta acta de su estado en los diferentes apartados en que a efectos de su examen podía ser organizada. Inclinado al diálogo con las ciencias sociales, distinguía entre las técnicas y los métodos que podían tomarse prestados de los modelos de estudio que, en su opinión carecían de valor por ser insuficientemente históricos, como sucedía con la antropología o, en su momento, con la incipiente sociología histórica. Cuando escribe, faltaban tres años para que Immanuel Wallerstein presentara las tesis sobre el sistema-mundo y dos para Clifford Geertz publicase *La interpretación de las culturas*, que no solo revolucionaría la antropología cultural sino que tendría una considerable influencia entre los historiadores con su llamamiento a desentrañar el significado de los símbolos que definen una cultura y la noción de descripción densa para explicar conductas y los entornos en que resultan significantes. Las relaciones sociales que conducen a la estructura no eran para Hobsbawm una suma de actitudes individuales y los modelos históricos, en cuanto sistemas coherentes que proporcionaban significado al conjunto, no se desprendían de la adición de subjetividades, de la misma manera que no podían ser meras proyecciones de teorías económicas como las vigentes en la época sobre el desarrollo económico y la industrialización.

Dos décadas más tarde, Natalie Zemon Davis, en un breve y sustancioso texto, hacía una distinción entre «vieja» y «nueva» historia social. La especialista en historia de la edad moderna temprana, interesada siempre en su obra por el sesgo antropológico, marcaba distancias con una historia social «clásica» —que era consciente de simplificar en su presentación—, más atenta a las estructuras que a los agrupamientos que se desprendían de estas sin constituir clases sociales. La «nueva» historia social se ocupaba de los actores que se relacionan por elementos de afinidad o electivos a través de los cuales intercambia prácticas y creencias o participan de procesos que son simultáneos y sistémicos, a menudo contradictorios o contrapuestos. Importaba menos el conflicto o las relaciones de dominación y las estructuras de violencia que los sistemas de reciprocidad y la construcción de símbolos comunes, ya que una de sus características distintivas era su marcado sesgo cultural. Su espacio natural era la

microhistoria, aunque la autora llamaba a buscar la interacción entre lo grande y lo pequeño, lo social y lo cultural.

Carlo Ginzburg y Carlo Poni, en «El nombre y el cómo», abundan en esto último en nombre del rescate de «lo vivido», la existencia personal, la vida privada, del análisis de experiencias observadas en pequeña escala que permite desentrañar estructuras «invisibles» de las que los hombres no son conscientes, ante las dudas que despertaban los procesos macrohistóricos y de larga duración.

En esta secuencia de reflexiones globales, la selección se cierra con el texto mencionado de Patrick Joyce, ante un desafío no previsto que sobrepasa a la historia social y remite al orden epistemológico: la gran sacudida que representó el *giro lingüístico*. Las concepciones postestructuralistas cuestionaban el supuesto objetivo político de la historia social, desplazando el interés por una hipotética verdad objetiva, sobre la que se elevaba el poder, a la revelación del funcionamiento del poder. Si las estructuras eran producto de la acción de los agentes y los observadores, los conceptos son «convenciones históricamente producidas» y el mundo social queda reducido a un constructo humano. El interés, en consecuencia, se desplazaba a los procesos y a los principios que explicaban esa construcción de la vida cotidiana mediante subjetividades. La historia de las discursividades tenía en el género un factor explicativo clave. Joyce resume el alcance del giro en una frase: «si el género no puede derivarse de un referente externo, entonces lo mismo ocurre con la clase». Género, clase y raza serían las tres categorías que las tesis posmodernas llamaban a reconstruir por completo y, con ello, una reinterpretación radical del pasado. Joyce, sin embargo, nada añade sobre la naturaleza diversa de los constructos ni cómo operan sobre personas que observamos en sucesivas dimensiones.

El texto que reproducimos de Joan W. Scott, «Sobre el lenguaje», posee dos cualidades excepcionales: la exploración del género como categoría analítica y la crítica a la reducción discursiva del significado de la identidad construido por las personas donde se confunde lenguaje con palabras. A propósito del cartismo y de su interpretación por Stedman Jones, Scott superpone las categorías de clase y género y llama la atención sobre la formación del significado a través de relaciones que crean relaciones: «una esperaba —escribe— que la idea de una clase obrera implicara no solo antítesis (los capitalistas, los aristócratas), sino también inclusiones (los jornaleros no representados [en el cartismo]) y exclusiones (los que carecían de propiedad por el trabajo: las mujeres y los niños). Es más, que el significado de clase fuera más allá del tema del trabajo y los trabajadores, en la medida en que construyera y ofreciera una forma de pensamiento sobre la estructura relacional y diferenciada de toda la vida social».

Esta evolución en la óptica de los problemas sometidos a examen se une a una amplia revisión de los temas y de los supuestos metodológicos, con llamadas a la transdisciplinariedad que a menudo se resuelve con lo que veían considerándose

préstamos de las ciencias sociales. Lo observó un editorial de la revista *Annales* en 1988 («Histoire et Sciences Sociales. Un tournant critique?») al dictaminar, con una autoridad que posiblemente fue ejercida por última vez, el final de las interpretaciones globales y un cambio en las alianzas, antes con la economía y la sociología, ahora con la antropología y la literatura —aquí erró de forma clamorosa, debió decir lenguaje. Las posibilidades que ofrecía la antropología a la historia venían siendo señaladas por autores medievalistas. Fuera de esta temporalidad, Edward Thompson fue uno de los primeros en proclamar su interés por aquella disciplina, siempre que abandonara los enfoques estáticos y adoptara un sentido histórico. El texto aquí reeditado da buena cuenta de la utilidad de tales diálogos y pone de ejemplo varias de las cuestiones de las que se ocupó en algunos de sus textos más originales y celebrados, los reunidos en *Costumbres en común*. Aboga, en ese sentido, por una aproximación a la antropología para explicar lo que pertenece al campo de la costumbre y de las creencias a la vista de la desatención que el marxismo había tenido con esos aspectos. Los modelos antropológicos eran para Thompson un punto de partida ya que en lugar de aplicarlos había que refinarlos y adaptarlos, y reclamaba una cuidada historicidad frente a la tendencia a dotar a símbolos y rituales de carácter intemporal y universal.

Los veinticinco años que compendian los textos reunidos muestran una combinación de método analítico y de escepticismo, primero, de plena confianza en el nuevo continente descubierto, después: el descubrimiento de archipiélagos donde se creía haber arribado a una isla, la diversidad de pobladores que podían ser materia de examen, los grandes defectos estructurales que aparecen en las construcciones recibidas, incluidas aquellas que se creían novedosas, la certeza de que se estaba ante un nuevo paradigma en historia social. Hasta llegar a formular, una vez más, la crisis de la historia social, al menos como se había concebido.

Los doce textos que calificamos de clásicos son en su mayoría de autores británicos (en cinco casos) y estadounidenses (en cuatro), tres artículos han sido escritos por una autora alemana, un francés y en, colaboración, por dos historiadores italianos. La revista *Historia Social* seleccionó, tradujo y dio a conocer al lector de lengua española textos de otras procedencias mucho más diversas de lo que indica el abrumador predominio que acabamos de resumir. La revista ha mostrado a lo largo de sus 35 años de existencia una receptividad hacia historiografías que cuando comenzamos no era frecuente leer en España. Varios sellos editoriales y otras revistas presentaban con gran rapidez las novedades producidas en Francia o por hispanistas de diversas procedencias, hasta entonces casi la única vía de acceso a la evolución de las corrientes internacionales. En defensa de la elección podemos argumentar que muchos de esos artículos marcaron la agenda de un gran número de historiadores en unas décadas en las que, por ejemplo, la historiografía francesa, sin perder a veces un ápice de su calidad, había dejado de proporcionar textos que estuvieran orientando o reconduciendo el hacer de la profesión después de la gran renovación que había

supuesto *Annales-II* entre 1947 y 1968, por referirnos al ámbito en el que la revista *Historia Social* se circunscribía, la historia Moderna y Contemporánea, con especial atención a los siglos XIX y XX.

Dos de los artículos fueron proporcionados en 1993 por sus autores —Peter Burke y Ronald Fraser— en el marco de un curso-seminario llevado a cabo en la sede de Valencia de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, organizado por los editores de la revista. La selección de inéditos podía haber sido mucho más amplia. En seminarios semejantes tuvimos invitados a Gareth Stedman Jones y a John Rule, a Clara E. Lida, Manuel Moreno Fragnals, Antonio Hespanha, Marcel van der Linden y Roger Chartier, autores publicados en la revista. *Historia Social* dedicó dosieres y monográficos a la obra de Hobsbawm, Thompson o Natalie Z. Davis, representados en este libro, también a Charles Tilly, Maurice Agulhon y Eugen Weber, alguno de cuyos textos podrían muy bien haber sido incorporados. Igual sucede con la reflexión de Mark Mazower que dimos a conocer en un número sobre la violencia en el siglo XX, el excelente texto de Alf Lüdtke sobre vida cotidiana y necesidades, el más reciente de Dale Tomich reevaluando la noción de «segunda esclavitud» que se ha revelado como un potente revulsivo para la comprensión del fenómeno esclavista y las raíces del capitalismo, los inspiradores estudios agrupados en otro dossier de la escuela comparativa y transnacional del trabajo de Ámsterdam, o el dossier coordinado por Rebecca J. Scott sobre esclavitud. La inclusión de cualquiera de esos textos hubiera encontrado fácil justificación. Debíamos escoger unos pocos a fin de que la obra fuera manejable y, en su exactitud, el mapa no se aproximara al tamaño efectivo de la geografía representada, según Jorge Luis Borges nos previno en un relato.

La selección original de los artículos que fueron publicados en *Historia Social* fue el resultado de la colaboración de quienes integraban el consejo de redacción, quienes propusieron, debatieron su pertinencia y acordaron su publicación. La actual recopilación, de la que soy único responsable, no se ha llevado a cabo procurando un equilibrio representativo de las historiografías nacionales, de cierta paridad de género en cuanto autorías o dedicación temática, etc. El resultado hubiera sido distinto de habernos dejado llevar por estas razonables consideraciones. Tampoco reflejan las opciones personales del historiador responsable de la compilación. El criterio seguido ha sido el siguiente: artículos que al ser publicados por primera vez tuvieron una amplia incidencia en la historiografía internacional, artículos que sentaban el estado de los estudios que en ese momento y reflexionaban sobre ello, textos con los que se iniciaba un debate. Los trabajos de Ronald Fraser y Peter Burke están dedicados a tendencias dominantes o recuperadas, como era el caso de la historia oral, con una tradición que se remontaba a las encuestas de los años treinta y que de la mano de Fraser nos llega como síntesis y en respuesta a las objeciones que podía recibir, cuando se estaba convirtiendo en herramienta esencial de la memoria histórica. El texto de Burke reúne en

pocas páginas el registro de un cambio de orientación hacia una historia más cultural y qué entendían por ello algunos de sus más reconocidos exponentes.

A estos doce podrían unirse otros de excelente factura que participan de las características que venimos reseñando, y que fueron publicados por otras revistas. El lector sabrá localizarlos sin esfuerzo, no son tantos porque si una cualidad distintiva ha tenido *Historia Social* ha sido su capacidad para captar los nuevos textos fundamentales de la historiografía internacional con la voluntad de acercarlos al lector en español, a profesores que sin esfuerzo pudieron mantenerse al día de debates que tenían lugar en la escena de otras historiografías influyentes y, en especial, a estudiantes de especialización que se han formado incluyendo en su bagaje esta revista.

Seis de los textos corresponden a autores que en la clasificación tradicional llamamos contemporaneístas, cuatro son modernistas, dos se han movido con gran libertad entre las dos épocas, e incluso de los primeros, Hobsbawm ha podido escribir sobre la crisis del siglo xvii o la economía del siglo xviii con fundamento, los trabajos de Thompson sobre el Setecientos han inspirado a un gran número de autores expertos en el Antiguo Régimen. Sin dificultad hubiera podido componerse uno o dos libros más de características similares y otros tantos con textos de autores españoles o sobre la historia española. En treinta y cinco años de existencia, *Historia Social*, la revista que en 1988 fundamos Javier Paniagua y quien escribe, ha publicado por encima de 850 artículos y ha revisado unos 2.500 textos elaborados por autores de más de veinticinco nacionalidades.

Observada desde la distancia temporal su línea editorial, *Historia Social* fue una de las primeras revistas en ocuparse de los estudios de historia de la mujer y de la perspectiva de género —Gisela Bock apela en su artículo a estudiar la historia con criterios masculinos y femeninos, no únicamente a restituir la historia a las mujeres—, fue la primera en España en hacerlo en una revista de carácter general no especializada en ese campo; aparte de algunos dosieres específicos, se optó por una línea que normalizara tales estudios, dándoles entrada de manera habitual. Declarándose una revista de historia social, mostró una gran receptividad hacia los cambios que procedían de la historia sociocultural y de la nueva historia cultural. Abierta a panoramas internacionales, buscó ofrecer textos que nos llegaban de otras historiografías. Ningún actor social, ninguna condición humana, han sido desatendidos en sus páginas si los artículos reunían la calidad acreditada.

Para completar la selección de los clásicos hemos incorporado dos reflexiones redactadas a comienzos del siglo xxi. Jürgen Kocka y Marcer van der Linden respondieron a la invitación que se les hizo con motivo del 20 aniversario de la revista para que nos expusieran cómo veían la historia social. El posmodernismo había dejado de ser un ciclón para entrar en la categoría de huracán y quedar reducido a tormenta tropical, se hacía recuento de los desperfectos, se revisaba lo que había resistido de la estructura del edificio y se reemplazaban las cubiertas dañadas y otros elementos. No

habíamos asistido al anunciado final de la historia social ni había llegado a disolverse en la historia cultural, como se había augurado. Casi quince años después, podríamos hacernos la misma pregunta. La ha formulado en 2022 la revista latinoamericana *Trashumantes* y sus respuestas, abiertas al Sur Global, revelan la pluralidad de acepciones que ya se mostraba en la encuesta que levantamos en 2008. Plural en los temas, plural en los actores, en las metodologías adoptadas, como gusta reivindicar Clara E. Lida, quien desde hace más de dos décadas promueve un seminario permanente de historia social en El Colegio de México, y proporcionó el lema del congreso que daría origen a la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social.

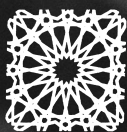
La presente selección ha sido realizada pensando en su utilidad, en particular para los estudiantes, futuros historiadores. La riqueza de sus planteamientos y la diversidad de puntos de vista garantizan una fructífera discusión y apelan a la inteligencia del lector para extraer de ellos nuevas ideas y conclusiones.

El presente libro reúne doce artículos escritos entre 1971 y 1995, años que corresponden al cénit de la historia social como se conocía en el último medio siglo en que había representado la versión más innovadora de la historiografía, y a los desafíos representados por el giro cultural y el posmodernismo. En más de un sentido, nos ofrece el retrato de una época y a la vez capta el cambio.

Sus autores conforman una pléyade de historiadores e historiadoras cuyos nombres están asociados a la evolución de la disciplina histórica por sus agudas reflexiones y sus innovadores estudios. Eric J. Hobsbawm, Edward P. Thompson, Carlo Ginzburg y Carlo Poni, Lawrence T. McDonnell, Jim Scott, Joan W. Scott, Gisela Bock, Ronald Fraser, Natalie Zemon Davis, Roger Chartier, Peter Burke y Patrick Joyce ofrecen en sus textos una panorámica de las formas de hacer historia, del diálogo con otras disciplinas, de la evolución de los temas que atraían el interés, del desplazamiento de las estructuras a los actores, con reflexiones sobre los retos que se fueron haciendo presentes en sus últimos veinticinco años.

Los textos fueron publicados en la revista *Historia Social*. A modo de balance se incorporan dos reflexiones, de Jürgen Kocka y Marcer van der Linden, solicitadas por la mencionada revista, en las que los autores reconsideran la trayectoria de la disciplina y apuntan perspectivas. Años después, el lector puede discernir hasta qué punto se han visto cumplidas.

Como escribe en la presentación José Antonio Piqueras, estamos ante un conjunto de textos clásicos que conservan el vigor de sus primeros días, no se sustraen de la época de su elaboración y son sus testigos, pero no se ciñen a dar cuenta de un estadio paralizado en el tiempo. Las páginas clásicas permiten ser releídas conforme a las nuevas exigencias que demandan los modernos desafíos. Nos muestran de dónde venimos y son una invitación a repensar a la luz del presente las ideas que encierran.



COMARES
editorial

